

Julio Albi de la Cuesta

BANDERAS OLVIDADAS

El Ejército español en las guerras
de Emancipación de América

BANDERAS OLVIDADAS

BANDERAS OLVIDADAS

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LAS GUERRAS DE
EMANCIPACIÓN DE AMÉRICA

Julio Albi de la Cuesta



Banderas olvidadas

Albi de la Cuesta, Julio

Banderas olvidadas / Albi de la Cuesta, Julio.

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019. – 416 p., 16 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.^a ed.

ISBN: 978-84-121687-1-6

94(460).063

325.83

Banderas olvidadas

El Ejército español en las guerras de Emancipación de América

Julio Albi de la Cuesta

© de esta edición:

Banderas olvidadas

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º dcha.

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-121687-1-6

Revisión técnica: Javier Gómez Valero y Joaquín Mejía Alberdi

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Han colaborado en la edición de este libro: Pablo Alonso Ardura, Ondina García Santos, Nicolás Gargiulo García y Manuel Ignacio Milicua González

Primera edición: junio 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ePub: booqlab.com

ÍNDICE

Prólogo a esta edición

Introducción a la edición original

- 1 EL EJÉRCITO DE ESPAÑA**
- 2 EL EJÉRCITO DE AMÉRICA**
- 3 LOS PRIMEROS EMBATES (1809-1811)**
- 4 LA REACCIÓN ESPAÑOLA (1812-1813)**
- 5 1814. TRIUNFOS REALISTAS**
- 6 1815. GRANDES ESPERANZAS**
- 7 1816. LA GUERRA INTERMINABLE**
- 8 1817. LA PÉRDIDA DE LA INICIATIVA REALISTA. CHACABUCO**
- 9 1818. MAIPÚ**
- 10 1819. BOYACÁ**
- 11 1820. SOLOS**
- 12 EL EJÉRCITO REALISTA**
- 13 1821. CARABOBO, EL PRINCIPIO DEL FIN**
- 14 1822. PICHINCHA**
- 15 1823. REVESES Y TRIUNFOS REALISTAS**
- 16 1824. JUNÍN Y AYACUCHO. PASO DE VENCEDORES**

Epílogo

Conclusión

Apéndice I. Los cuerpos realistas

Apéndice II. Las unidades peninsulares y sus bajas

Bibliografía

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Siempre es una satisfacción el renacimiento de un libro, que inevitablemente llega acompañado de recuerdos que, en este caso concreto, se asocian a dos ciudades tan distintas como Roma, donde se empezó, y Tegucigalpa, donde se terminó.

Como todos los que he publicado, este trabajo respondió al deseo de conocer mejor un periodo histórico y a la imposibilidad de encontrar una obra de dimensiones razonables que diera satisfacción a esa curiosidad. En el fondo, siempre he escrito lo que me hubiera gustado poder leer.

Cuando empecé a escudriñar la época de la emancipación americana, lo primero que me llamó la atención fue la escasez de la bibliografía española sobre el tema. En 1883, Seeley dijo, jocosamente, que parecería que Gran Bretaña había conquistado un imperio en un momento de distracción. Daría la impresión que España lo perdió en parecidas circunstancias a la vista del mínimo rastro que, desde la perspectiva que me interesaba –la militar– tamaño acontecimiento había dejado en las bibliotecas. De un escrutinio de los escuálidos anaqueles, en efecto, y con algunas excepciones, todas anteriores al siglo XX, se podría deducir que Carabobo y Ayacucho nunca habían existido. Así, y como apunté en su día, a la vez que se enterraron esas y otras derrotas, se sepultaron no menos victorias y, sobre todo, el recuerdo de una abnegación y una lealtad ejemplares.

En América, en cambio, proliferaban los estudios, pero, en ocasiones, demasiado teñidos por el lógico deseo de glorificar lo que había sido la epopeya fundacional de aquellos países.

Por fortuna, desde que apareció *Banderas olvidadas* hasta la actualidad, la situación ha cambiado tanto hasta ser irreconocible. Al contrario que entonces, ahora, el problema al abordar una tarea similar sería la enorme amplitud de lo publicado en los últimos años, en ambos lados del Atlántico; el propio autor de estas líneas ha contribuido mínimamente a ello, siendo culpable de un trabajo

más, ceñido al virreinato peruano. Pero tan importante o más que este esfuerzo de divulgación, en sí mismo, ha sido el proceso de revisión de mitos y leyendas emprendido en determinados sectores iberoamericanos, en busca de una historia quizá menos heroica, pero seguramente más cercana a la realidad. Tiempo es, en efecto, y parafraseando a Pino Iturrieta, de dejar de vivir entre estatuas.

Gracias al incurable optimismo de Javier Gómez vuelven a tremolar esas banderas. Si la presente reedición contribuye a que el título del libro resulte algo menos justificado, habrá cumplido su objetivo.

Este libro pretende ser, en cierto modo, un homenaje a los vencidos, habitualmente desdeñados por la historia, a los miles de españoles que, desde Nuevo México al Chile más profundo, pasando por el altiplano boliviano, se dejaron la vida al servicio de un señor que seguramente no se merecía tan buenos vasallos. A su lado, y en mayor número, formaron americanos de todo color y condición, de todas las latitudes, combatiendo contra sus compatriotas por una causa de la que, en su mayoría, solo podían tener una idea borrosa, pero no por eso menos noble que la defendida por sus rivales. Derrotados, fueron condenados al escarnio o al olvido, cuando solo habían sido fieles a su rey. Hasta Fernando VII, el más ingrato de los príncipes, lo reconocería, creando la Real y Americana Orden de Isabel la Católica para «premiar la lealtad acrisolada». La de ellos, en efecto, se templó en el implacable crisol del soroche en los Andes helados, de la sed en los abrasadores Llanos venezolanos, de las enfermedades y de la muerte, pero apenas ha hallado acogida en el recuerdo. Las siguientes líneas están destinadas a reparar, siquiera parcialmente, esa larga injusticia.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ORIGINAL

El propósito de este trabajo no es describir las campañas de las guerras de Emancipación, labor que exigiría varios volúmenes, ni entrar en el detalle de operaciones que cubrieron medio continente. Mi deseo ha sido, simplemente, hacer una modesta obra de divulgación, nada erudita, sobre la larga lucha que sostuvieron peninsulares y muchos americanos para mantener la soberanía de España sobre sus posesiones de Ultramar. Por ello he puesto mayor énfasis en la descripción de los acontecimientos en los territorios donde la guerra tuvo verdadero carácter regular, evitando en lo posible tediosas descripciones de decenas de pequeños encuentros de escaso alcance.

Las campañas de emancipación han recibido tradicionalmente poca atención en Europa, seguramente por la debilidad numérica de las fuerzas en presencia, sobre todo en comparación con las entonces recientemente acabadas campañas napoleónicas. Sin embargo, en aquellas batallas se jugaba el destino de países enteros, por lo que en mi opinión merecen un puesto más importante del que se les ha reconocido en la historia militar.

En cuanto al Ejército realista, ha sido un Ejército maldito, como casi todos los derrotados. Por lo que se refiere a sus componentes europeos, España prefirió perder la memoria de sus fracasos, olvidando al tiempo sus sacrificios y sus triunfos.

Por lo que respecta a los americanos que lo integraron, fueron inevitablemente considerados en sus propios países como traidores, indignos de ser recordados.

En ninguna de las historias clásicas del Ejército español, desde Clonard hasta Barado, pasando por Gil Álvaro, existen apenas referencias a la multitud de unidades locales que defendieron durante más de diez años lo que consideraban los derechos de Fernando VII.

Sin embargo, americanos y peninsulares combatieron unidos con una constancia admirable por lo que creían que era una justa causa, a la sombra de

banderas hoy ya olvidadas y encuadradas en unas fuerzas *sui generis*. En efecto, sobre una estructura caracterizada por la dependencia de aquella parte de América respecto a España, se levantó una organización original. Aunque su cúpula estuvo dominada por peninsulares, en muchos de los cuerpos que la componían, europeos y americanos servían codo con codo, a las órdenes de oficiales que podían ser originarios, indistintamente, de la metrópoli o de cualquiera de los territorios ultramarinos sobre los que ondeaba la enseña con el soberbio «Plus Ultra». La vida y la muerte de esas unidades merecen, seguramente, un puñado de páginas.

Respecto a la terminología utilizada para designar a ambos bandos he preferido describirlos, respectivamente, como realistas e independentistas. El primero es un término generalmente aceptado, más preciso que la expresión «españoles» a la que con frecuencia se recurre. El segundo me parece preferible a otros como patriotas, republicanos, insurgentes o independientes.

El concepto «patria» es relativamente indefinido y desde luego, los realistas consideraban también como patriotas a los integrantes de sus ejércitos. Por otro lado, se podría hablar con Martínez Peláez de la «Patria del criollo» que no necesariamente era la de todos sus connacionales. Es este un tema vidrioso que me ha parecido mejor obviar.

La palabra «republicanos» es asimismo discutible. Lo que se dirimía en América no eran formas de régimen político, sino la independencia o el mantenimiento de la soberanía española. No faltaron por otro lado, como es sabido, tendencias monárquicas en algunos sectores independentistas.

Insurgentes o rebeldes son conceptos que en casi todos los países tienen un sentido peyorativo, por lo que me ha parecido conveniente no utilizarlos.

En cuanto al término independientes, resulta poco satisfactorio. De un lado, no es aplicable a tropas de una región que todavía no ha obtenido su independencia; de otro se podría aplicar con mayor precisión a los propios peninsulares realistas, que pertenecían a un país reconocido como soberano por toda la comunidad internacional.

Quisiera añadir que he empleado indistintamente las palabras peninsulares o europeos para designar, como se hacía en aquel tiempo, a los hombres procedentes de lo que actualmente es España.

Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento a quienes me han ayudado en la elaboración de este trabajo: en el Servicio Histórico Militar y en la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos he

encontrado, como en ocasiones anteriores, toda clase de facilidades. El padre Storni, de la Biblioteca de Escritores de Roma, y Sofía Gandarias, jefe del Servicio de Archivo del Congreso español han derrochado paciencia con mis peticiones. Javier Malagón ha seguido aguantándome algunos años más.

El profesor Christon I. Archer me ha ayudado con sus siempre acertadas reflexiones. Salvador Bermúdez de Castro, Manuel Cacho, Eduardo Cerro, Juan Manuel Egea, Félix Fernández-Shaw, Aníbal Jiménez-Abascal, Eduardo de Laiglesia, Francisco Mata, Javier Paramio, Augusto Serrano y Leopoldo Stampa me han buscado libros que yo no lograba encontrar.

Quisiera también dar las gracias a Carmelo Angulo, a Antonio Papell y a Pedro García Domínguez por haber hecho posible la publicación de este libro, y a Zoila Torres por sus esfuerzos con mis ilegibles manuscritos.

Tegucigalpa, enero de 1990

México, campaña de Miguel Hidalgo

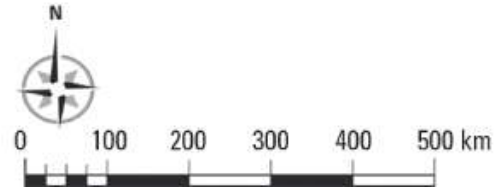
1810-1811



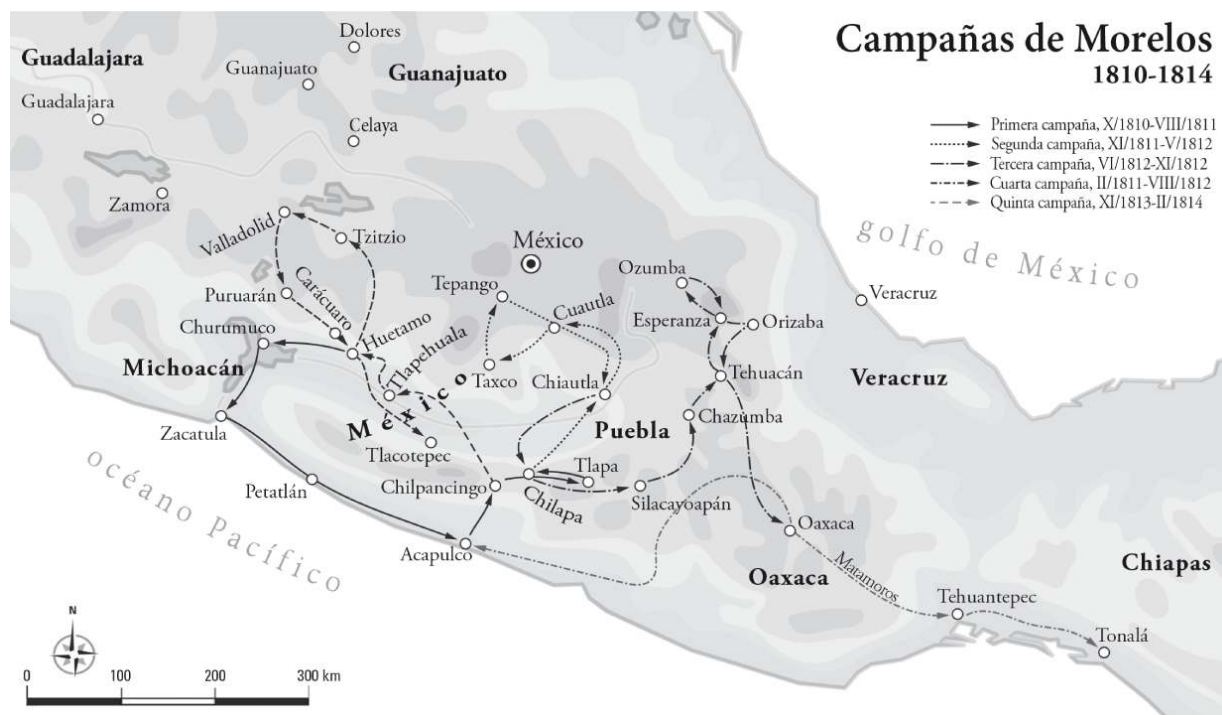
CO



- Campaña de Miguel Hidalgo, 1810-1811
- Campaña realista de Félix Calleja, 1810-1811



- ▶ Primera campaña, X/1810-VIII/1811
- ▶ Segunda campaña, XI/1811-V/1812
- ▶ Tercera campaña, VI/1812-XI/1812
- ▶ Cuarta campaña, II/1811-VIII/1812
- ▶ Quinta campaña, XI/1813-II/1814



[illegible]

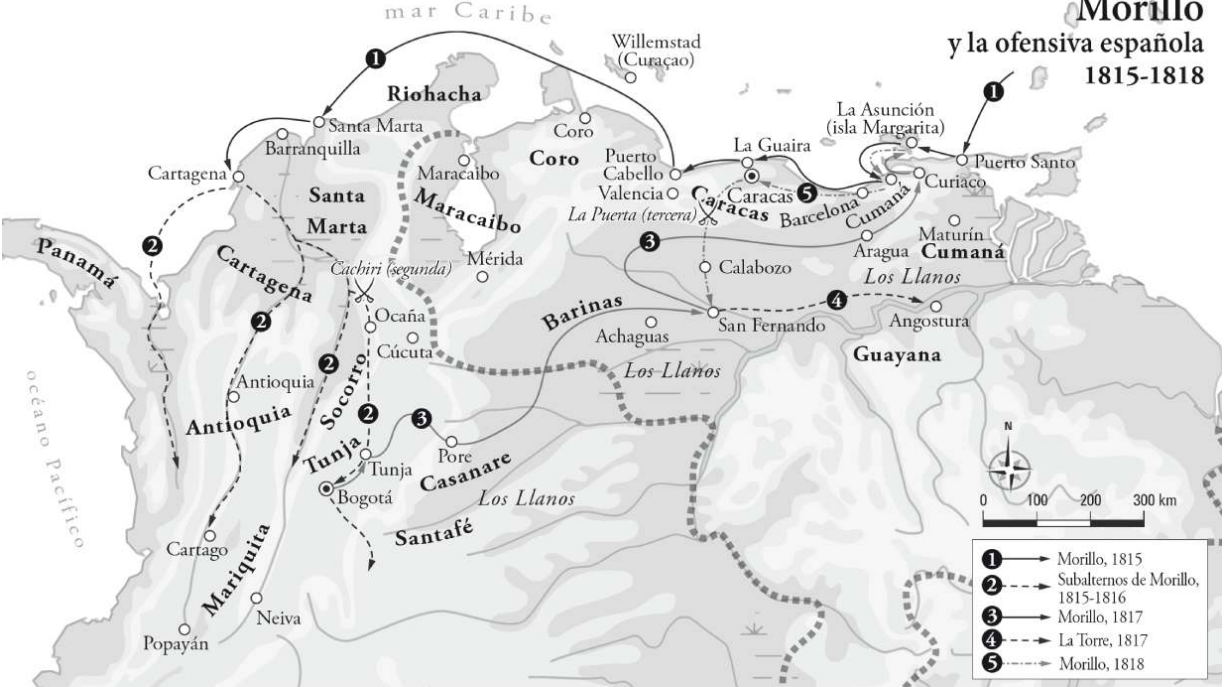
-----> Campaña de Fco. Javier Mina, IV-X/1817
 —————> Campaña de Vicente Guerrero, 1816-1821

El ejército Trigarante 1821



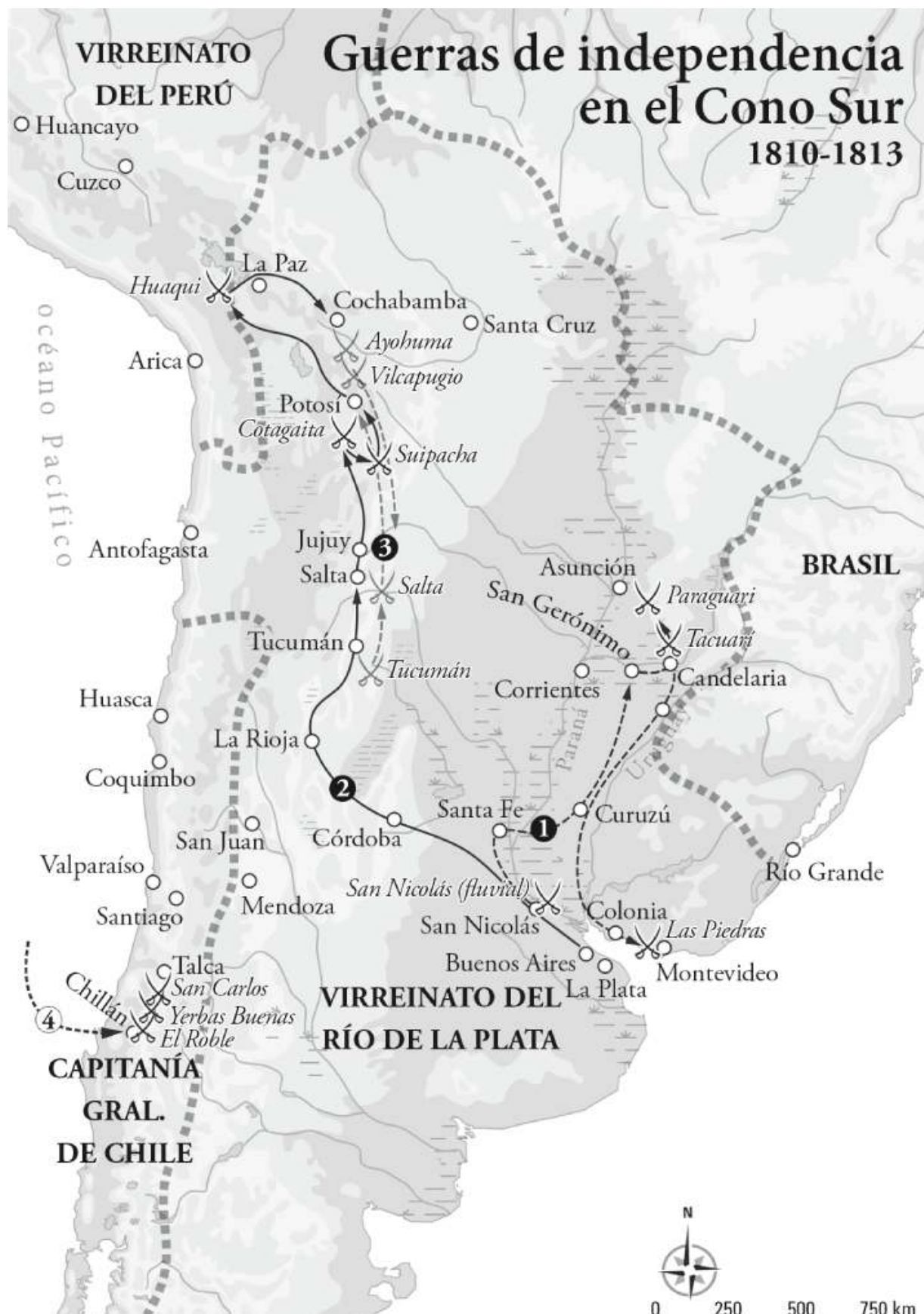


1815-1818



El triunfo independentista 1819-1821







- ① --- Expedición Libertadora, 1810-1811
- ② --- Primera expedición auxiliadora del Alto Perú, 1810-1811
- ③ --- Segunda expedición auxiliadora del Alto Perú, 1812-1813
- ④ --- Campaña de Antonio Pareja en Chile (realista), 1813

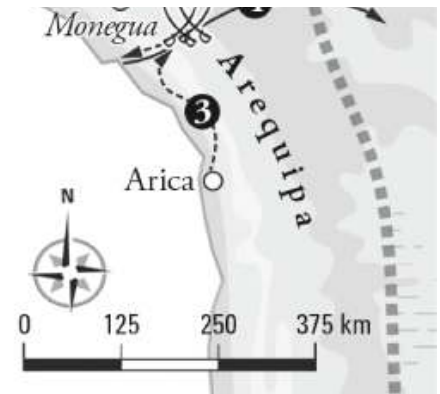






afico

La guerra en el Perú 1821-1824



1

EL EJÉRCITO DE ESPAÑA

La conducta de Vds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio lo que Vds. han hecho en este país. Vds. solos han retrasado la Emancipación del Nuevo Mundo dictada por la naturaleza y por los nuevos destinos.

Carta de Bolívar al general realista Canterac, tras la batalla de Ayacucho

Cuando se inicia la Guerra de la Independencia contra Napoleón, que tendría directas repercusiones en la América hispana, el Ejército español contaba con 101 865 hombres¹ –aunque sus efectivos teóricos eran más de 150 000– organizados de la siguiente forma:

De un lado, la Guardia Real, con el equivalente de dos regimientos de caballería y con dos de infantería, que sumaban en total algo más de ocho mil hombres.

De otro, lo que se llamaba «Cuerpo de Ejército», formado por 45 regimientos de infantería de línea –35 españoles, 4 «extranjeros» (irlandeses e italianos) y 6 suizos– 12 regimientos de infantería ligera, 12 de caballería de línea, 8 de dragones, 2 de cazadores y 2 de húsares.

La Artillería contaba con cuatro regimientos, con 34 baterías de campaña, 6 de a caballo y 21 de guarnición, con 240 cañones.

Los Ingenieros tenían 169 jefes y oficiales y su regimiento, recientemente creado, mil plazas.

Como fuerzas de reserva estaban las Milicias, formadas por ciudadanos movilizados en caso de crisis o de guerra. En 1808 alineaban 43 batallones con 39 000 hombres, todos de infantería.

En ese mismo año, los reglamentos vigentes habían estructurado a los regimientos de infantería española y extranjera en tres batallones, con unos 647

hombres cada uno. En la práctica, los terceros batallones estaban en cuadro y solo se completaban si eran movilizados.² Los regimientos suizos tenían dos batallones, y los ligeros, uno, de algo más de mil plazas. Estas cifras oficiales no siempre reflejaban la realidad, ya que casi ninguno de los batallones existentes en la Península, exceptuados quizá los de la Guardia, estaban al completo. Por otro lado, tanto las unidades teóricamente irlandesas como las «extranjeras» contaban con un gran número de españoles en sus filas.

En cuanto a la Caballería, cada regimiento estaba dividido en cinco escuadrones de poco más de cien hombres, según plantilla, aunque normalmente eran más débiles.

Los hombres que integraban las distintas unidades se clasificaban, según su procedencia, en tres grupos. En primer lugar, los enrolados voluntariamente, que habían hecho de las armas su profesión. Con largos años de servicio, bien disciplinados e instruidos formaban la columna vertebral de los cuerpos. En segundo lugar, los alistados a través de las quintas, sorteados entre la población. Aunque era un hecho conocido que los alcaldes utilizaban estas para librarse de los elementos menos recomendables de la localidad, los hombres así reclutados podrían llegar a convertirse en buenos combatientes, siempre que contaran con cuadros adecuados. Por último, estaban los hombres que procedían de levass forzosas entre vagabundos, maleantes, etc. Eran, con diferencia, la parte más débil de cada unidad y planteaban continuos problemas de disciplina que se castigaban con tremenda severidad.

Tradicionalmente, Artillería e Ingenieros alardeaban de contar con hombres de una calidad superior a la media y de ser especialmente selectivos a la hora de elegir el personal. Este, por las funciones específicas de ambos cuerpos, que se enorgullecían del título Real, debía ciertamente reunir unas condiciones tanto de inteligencia como de robustez que no se exigían de un simple infante. La Caballería, apoyada en la aureola de aristocracia que rodeaba a sus regimientos, en la brillantez de los uniformes y en el servicio relativamente más cómodo que se prestaba en ellos, tampoco acostumbraba a tener grandes problemas de reclutamiento. Eran estos especialmente graves en la Infantería, más numerosa y menos atractiva y que, por tanto, acogía un porcentaje mayor de gente procedente de la leva. En cuanto a la oficialidad, la de Infantería y la de Caballería podían tener un doble origen; o de clase de cadetes o de sargentos ascendidos. Los primeros eran sobre todo nobles o hijos de militares. Para los segundos se requería que fuesen «de calidad honrada».

En principio, el aprendizaje de la profesión se realizaba, como en otros ejércitos europeos, en el seno de las propias unidades, con resultados mediocres. Desde el siglo anterior habían existido colegios militares, que daban una mejor preparación, pero todos ellos habían tenido una trayectoria espasmódica, cerrándose unos al poco tiempo de ser inaugurados, para ser sustituidos por otros que a su vez no tardaban en ser suprimidos. También en esto Artillería e Ingenieros eran una excepción, contando con sendas academias en Segovia y Alcalá de Henares, donde se impartía una cuidada educación. Los ascensos hasta la clase de capitán eran por rigurosa antigüedad, en principio, pero a partir de ese grado pasaban a ser por elección, lo que facilitaba carreras insólitamente rápidas para los oficiales con buenas conexiones sociales. Ello favorecía sobre todo a los procedentes de cadetes, mientras que los antiguos sargentos, a pesar de que a veces conocían mejor su profesión, podían pasarse decenas de años sin ascender.

La existencia de tropas de diversas especialidades que hemos mencionado, se justificaba por las misiones que les estaban atribuidas. La infantería de línea, que constituía el núcleo del Ejército, operaba en formaciones cerradas y principalmente mediante el fuego. La ligera, por su parte, actuaba en formaciones abiertas y flexibles. Su objetivo era desplegar a vanguardia de la línea y molestar con su fuego independiente al enemigo, procurando a la vez eliminar a sus oficiales. Su función era preparar un ataque o debilitar una ofensiva contraria.

La caballería de línea se utilizaba en formaciones cerradas. Actuaba ante todo mediante el choque al arma blanca. Los dragones constituían una vieja especialidad cuya característica original era su capacidad para combatir tanto pie a tierra, con sus armas de fuego, como a caballo, con espada o sable. Sin embargo, por su evolución natural, el instituto se había convertido en el siglo XIX prácticamente en caballería convencional, aunque sus hombres y sus caballos acostumbraban a ser menos robustos que en las tropas de línea.

La caballería ligera, en sus diversos tipos –cazadores, húsares– se empleaba para el reconocimiento, para los ataques a las líneas de comunicaciones y para golpes de mano. En principio, combatía en formaciones muy poco densas, y estaba integrada por hombres y monturas ágiles pero de poca talla, lo que no le hacía apta para el choque frontal con escuadrones de línea.

En cuanto a la Artillería, la de a pie se caracterizaba porque los sirvientes caminaban junto a las piezas, mientras que la de a caballo tenía a los artilleros

montados. De ahí que la primera, que estaba dotada de piezas más pesadas, se usase durante la batalla en misiones estáticas o cuasi estáticas, mientras que la segunda, por su mayor movilidad y su capacidad para acompañar tropas en marcha, se empleará para apoyar el ataque. Los Ingenieros tenían como misión realizar obras de campaña o de asedio, tender puentes, erigir y mantener fortificaciones, etc.

Las especialidades básicas que hemos citado no agotaban todas las existentes en un ejército de la época. Así, tanto la Infantería como la Caballería solían contar en sus regimientos con una compañía de preferencia, formada por hombres de especial confianza, seleccionados por su estatura y veteranía, que se empleaban en misiones de reconocida dificultad. Recibían el nombre de granaderos, en la infantería de línea y en los dragones, y de carabineros en los batallones ligeros y en la caballería de línea. En algunos casos, existían cuerpos enteros con esta denominación, como los Carabineros Reales en el Ejército español.

La infantería, tanto de línea como ligera, podía tener una segunda compañía de preferencia, constituida por soldados escogidos por su agilidad y puntería. En la infantería de línea recibían el nombre de cazadores y constituían una especie de infantería ligera propia de la unidad. En los batallones ligeros se les llamaba tiradores. En la organización francesa eran designados como *voltigeurs* y a ello obedecerá la presencia en el ejército de Bolívar de un cuerpo bautizado como «voltígeros».

En cuanto a la Caballería, además de los Institutos citados, podía tener otros como los Granaderos a Caballo, coraceros o lanceros, por solo citar algunos. Ninguno de ellos existía en España en 1808, pero no tardarían en aparecer en la Península primero y más tarde en América. Los primeros constituían, en teoría, unidades de élite. Los segundos formaban la caballería llamada pesada, y se distinguían por la protección adicional que llevaban. Los terceros estaban a medio camino entre la caballería de línea y la ligera y su empleo venía determinado por los inconvenientes y las ventajas de su armamento. En efecto, si bien la lanza confería una notable superioridad en el primer momento del choque, resultaba un estorbo en el cuerpo a cuerpo, era embarazosa en las marchas y exigía una larga instrucción.

ARMAMENTO Y TÁCTICAS

Las características de las armas de la época, y por tanto de las tácticas empleadas, hacían necesaria la existencia de tan variadas tropas. Empecemos por la Infantería, la clásica «reina de las batallas», la parte más numerosa del ejército y cuya victoria o derrota decidía el resultado de un combate. Estaba dotada de un fusil que solo se podía cargar estando de pie y cuya cadencia de tiro no superaba uno o dos disparos por minuto. Su alcance eficaz en teoría se situaba entre los 100 y los 200 metros.³ Pero, en la práctica, a 130 metros resultaba casi imposible acertar un blanco del tamaño de un hombre. De ahí que se utilizara casi exclusivamente el fuego por descargas, es decir, varios fusiles disparando a la vez contra un mismo objetivo. Pero aun así, una unidad tirando a un objetivo que ocupaba un frente similar al suyo, a 300 metros de distancia solo conseguía un 20 % de impactos; a 225, un 25 %; a 150, el 40 %; a 75, el 60 %. Estos resultados, obtenidos en condiciones óptimas, disminuían aún más en acción por los efectos naturales del miedo, nerviosismo, cansancio, confusión, falta de visibilidad (se utilizaba pólvora negra, que producía una enorme cortina de humo) etc., de forma que en la práctica se estimaba que el alcance eficaz no pasaba de 90 metros, y aún entonces solo se obtenía un 15 % de blancos. Consecuencia de todo ello era que, en primer lugar, el soldado tenía que combatir de pie, porque solo así podía cargar el arma. En segundo lugar, lo hacía en formaciones de cierta profundidad –dos o tres filas– para que siempre hubiera una con el arma preparada, cubriendo a la que estaba cargando tras haber disparado. Por otro lado, para batir eficazmente un blanco había que reunir contra él el mayor número posible de fusiles. Es decir, acumular en la menor superficie tantas armas como se pudiera, lo que se obtenía colocando a los hombres casi hombro con hombro. Por otra parte, la misma falta de precisión llevaba a «reservar el fuego» hasta estar cerca del enemigo. Finalmente, la lentitud de la cadencia de tiro significaba que una unidad de infantería no podía detener únicamente con sus disparos a otro cuerpo que se acercara a gran velocidad, sobre todo si era de caballería. Por lo tanto, cuando esta se aproximaba, hubiera sido suicida para los infantes mantener la formación en línea, que sería barrida irremisiblemente por el choque de los jinetes. Para evitar esto, se pasaba a otra formación, el cuadro. Este, que en realidad era un rectángulo, presentaba al enemigo un frente sin flancos que, por tanto, no podía ser envuelto. Tenía en cambio el inconveniente de que ofrecía un sólido blanco a la artillería enemiga y de que reducía el número de fusiles que podían batir cada uno de sus costados a una